

zas y en sus ritos, en casi todo lo que tiene nuestro continente de vigoroso y de insobornable.

Antonio Balduino es un símbolo. Símbolo de fuga permanente, de inestabilidad, de rebeldía, de ingenuidad, de espíritu artístico. En las mejores páginas de esta novela, se combina la misteriosa y sugestiva figura del Santo Jubiabá, padre de todos los negros con Antonio Balduino, hombre de presa. O sea, la contemplación y la acción. Y ambos convergen hacia el gran sueño y hacia el gran misterio del regreso, de la huída final de todos los hombres de color hacia su continente original, el Africa.

La novela brasileña se ha enriquecido con el nuevo aporte de Jorge Amado, hombre joven y laborioso que, en poco tiempo, ha salido de la celebridad nacional para desparrarse por todo el continente, como uno de los prestigios positivos de este momento intenso de la literatura americana. *Jubiabá* es una obra digna de codearse con las mejores y es el signo pleno de una madurez creadora.—RICARDO A. LATCHAM.

<https://doi.org/10.29393/At161-278BSCG10278>

### CUENTOS PARA GENTE SIMPÁTICA, por *Carlos Vattier*

En el número 82 de esta revista, allá por el año 30, escribíamos sobre el «Barula», de Carlos Vattier: «...sólo el progreso evolutivo del autor puede darnos el criterio para la valoración del mismo. El metro lo fija su primera obra. Vattier ha elegido un metro grande que podría hacerlo morir de su propia muerte literaria. Le deseamos sinceramente que no sea así».

En «Cuentos para gente simpática» no ha habido muerte, si se quiere, pero sí, un retroceso grande. Un retroceso en el cuento y la novela después de diez años...

Es verdad que un paralelo entre dos obras diversas por su género e índole puede parecer un desatino.

«Barula» es el libro de un espíritu todavía ingenuo, sensible; de un talento adolescente que comienza a manifestar su sensibilidad y la agudeza de sus observaciones.

«Cuentos para gente simpática» es la obra satisfecha de sí misma, con ingenio y livianura sin medida, descontrolada por su misma seguridad, infestada de mal gusto. Una la obra artística. La otra, el *humour* desafinado: la obra a-artística. Dos libros opuestos, se me dirá. Sí; pero un mismo autor: esto es lo grave.

Desde luego, el término: *obra*, está fuera de lugar. Esta palabra supone, generalmente, un conjunto homogéneo, una directiva, un total. Aquí encontramos una desarmonía tan grande, que el hecho de toparnos con algunos trozos de calidad, contribuye a reforzar nuestra impresión desfavorable. «Soirée con Monsieur Satán», «Agenda 1900», «Ascensión y muerte de Juan Santander», «Tragedia de enanos gigantes» y «Retablo primitivo de María y José» son cinco composiciones logradas que, en este conjunto, malogran el libro y se malogran ellas mismas.

Diríamos todo lo que hay que decir si confesáramos que aquí faltan la seriedad y la probidad literarias. Vattier pretextando *esprit* ha faltado al *esprit*, al *humour*, y lo que es más grave, al arte; porque no puede haber arte allí donde no hay seriedad.

No se me escapa que el autor podría incluirme de una plumada entre esa «gente antipática» para las cuales no fué escrito el libro. Puede ser; pero yo no puedo permitir que un autor y un amigo extravíe su camino, y que yo me quede sonriendo complacido por esa caricia al mentón que significa ese título empalagoso. Sí; por suerte hablo en nombre de la gente antipática. Esa clase de simpatía que pide Vattier no es la que yo sabría dar. Tampoco la ha dado jamás.

el arte. Hay en el *esprit* algo que a Vattier se le escapa: hay humanidad. Un personaje no puede ser tratado en una obra de arte como lo haría «Topaze» o «La Vie Parisienne». Precisa de un *tréfond intérieur* en la personalidad del autor. Un escritor puede ser gracioso y liviano en su obra. El arte no tolera que lo sea en su espíritu. Casi me atrevería a afirmar que el *esprit* debe responder a un fondo filosófico, melancólico. El gran pecado de Vattier ha sido no comprenderlo. El, que es gracioso y espiritual en su vida, no ha podido serlo en su obra; porque lo escrito *debe* ser arte, y un «arte gracioso» es el contrasentido mayor que pueda darse. Son cosas incompatibles. Más fácil le sería simular la tristeza al que no la tiene, que el *esprit* a aquél que es insensible a la tristeza.

He observado que el *esprit* es la ironía de las ideas; el *humour*, la ironía de las situaciones; lo *grotesco*, la ironía de las formas. Ahora bien, estos tipos de gracia pueden tener una amplia cabida en el arte si responden a un fondo de belleza, de armonía y de humanidad; tres cosas profundamente serias y casi tristes.

En el libro de Vattier se han entremezclado todas ellas en un picadillo pueril, mal enfocado y peor escrito. Los personajes están dibujados en exceso y recargados de circunstancias sin interés; la parte del autor está ausente; los relatos son insignificantes, cuando no, desagradables. En todo ello falta limpieza, nitidez, buena risa franca, o, simplemente, observación serena, verdaderamente psicológica. Vattier ha querido, me dicen, captar nuestro tipo de *grotesco chileno*. Dudo de que sea el mismo. En todo caso, si lo es, no había para que captarlo: no es materia artística ni humorística ni psicológica: es simple vulgaridad. Con lo que no nos ha hecho un favor muy grande...

Ahora, veamos el resto.

«Soirée con Monsieur Satán» es una pequeña obra de arte sin ninguno de los defectos que anotamos aquí. (Prueba

de que el autor puede... cuando quiere). Es un cuento humorístico y profundo.

«Agenda 1900» pudo ser otro tanto; pero ya comienza la chacota pueril, el gesto pequeño de empleada doméstica, mezclado al rasgo poético y a la observación sagaz: falta el discernimiento. Yo conocí el manuscrito original: era hermoso. El se encargó de adornarlo después. Lo dejó inconociblemente maquillado y desvalorizado.

«Ascensión y muerte de Juan Santander» es un verdadero hallazgo, tanto por el «tipo», rara vez descrito, como por la forma: algo que no es cuento ni «nouvelle» y que encierra cualidades de uno y otro. Lástima que enumera, solamente; en literatura no hay que contentarse con decir lo que se va a hacer, hay que realizarlo. «Juan Santander» es un proyecto, «Une donnéc», como dirían en Francia. Sería preciso que las cosas resultaran así, sin decirlo, por la lógica misma de los hechos; por la pericia del escritor, sobre todo. Vattier lo ha comprendido muy bien. Por algo titula «Escenarios» a las composiciones que preceden.

«Tragedia de enanos gigantes» es una maravillosa prueba de afinación artística y de «pastiche» casi perfecto. Es un «buen Valle Inclán» que no desdeñaría ser firmado por ese autor.

«Retablo antiguo» es otro acierto de primer orden. Fino, transparente, casi suspendido en el aire cristalino de la más pura poesía. Porque Vattier es un poeta, y de los buenos. Si en vez de estos desgraciados «cuentos» (su personalidad exterior) hubiera publicado sus poemas (su personalidad interior), ya lo tendríamos en un alto sitio, que él mismo se ha encargado postergar.

Y es por esto que nos preguntamos: ¿qué hizo con su criterio al concebir una selección semejante?, ¿cree acaso que la vida literaria y la profunda seriedad del arte pueden ser burlados con un gesto consentido, o falseados como una obra apócrifa?

Vattier ha entrado a la fase tempestuosa de su existencia artística. Años atrás celebrábamos en estas páginas su talento indiscutible. Ahora reafirmamos nuestra confianza en sus dones poéticos y su exquisita sensibilidad, ahogadas para desgracia suya, en una gran pereza y una falta de seriedad para concebir la vida. Por esto mismo, hemos querido cortar de raíz, con un golpe de muerte, toda esa floración perjudicial que amenaza envolver su bello espíritu y su robusta, aunque contradictoria, personalidad. No habríamos consagrado tantas líneas a un libro malo y a un autor insignificante. Sólo el valor indiscutible de Vattier puede autorizar una operación tan dolorosa y una intervención tan sangrienta de parte de un colega y amigo.

Pero nuestros valores literarios son escasos. No es el momento de ahogar en alabanzas lo que está en nuestra mano salvar.—BENJAMÍN SUBERCASEAUX.



CORRIENTES CULTURALES QUE DEFINEN AL PERIQUILLO, por Bernabé Godoy V.—Guadalajara, México, 1938.

Un nuevo nombre de escritor mexicano que es necesario retener: Bernabé Godoy. En este ensayo, bellamente impreso en las prensas de «Navegación Poética», aparece como un escritor serio, documentado, dueño de un estilo flexible y certero, sobrio y justo en la adjetivación.

Bernabé Godoy estudia en esta obra la primera novela mexicana *El Periquillo Sarniento* de que es autor el Pensador Mexicano, seudónimo que usó don José Joaquín Fernández de Lizardi, publicada en los primeros años del siglo XIX. El enjuiciamiento que de ella hace Godoy, es desde el plano actual, «sin duda favorable. Desde él apreciaremos la colocación—continúa Godoy—de la primera novela mexicana, nacida entre movi-